

# El pleito del Baciuelmo

Autor(en): **Salido López, José Vicente**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2010)**

Heft 15-16

PDF erstellt am: **12.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047314>

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

## El pleito del Baciuelmo

José Vicente Salido López

Universidad de Castilla-La Mancha

Es el episodio del yelmo de Mambrino uno de los momentos que más a las claras muestran las entrañas del pensamiento de Cervantes, pero con tanta sutileza que es fácil pasar por él sin caer en la cuenta de su verdadera hondura. No es exagerado decir que toda una filosofía de vida se esconde tras las ramas de esta leve anécdota sobre la burla a un loco que distorsiona la realidad. Entre juegos y burlas se nos presenta una magistral lección de epistemología que sólo puede impartir quien ha vivido con tanta intensidad como Cervantes. En este caso, la verdadera cuestión versa sobre la realidad de las cosas.

El trasfondo ideológico que sustenta el cómico pasaje al que me refiero se basa, nada menos, que en la filosofía de toda una época. Lo que hay detrás es la forma de pensar típica del Barroco, con su característica inseguridad en el hombre y en su capacidad para conocer el mundo. No por casualidad fueron entonces tan recurrentes los juegos que mezclan la realidad y la ilusión, como la conocida metáfora de la vida como sueño, o como comedia en la que todos representamos un papel que dura lo que la vida misma. Como es esperable, esta concepción del mundo dejó huella en Cervantes y, de forma inevitable, en el *Quijote*:

El *Quijote* [...] fue escrito en el comienzo de una época en la que empezaba a no distinguirse la línea divisoria entre realidad e ilusión, y Cervantes se sitúa en el punto medio entre las dos posiciones fundamentales del pensamiento del siglo XVII: la racionalista y la barroca. Ve que la verdad del racionalismo

moderno, supuestamente válida para todos los tiempos y lugares, no es suficiente para dar explicación y sentido a la vida; tampoco puede aceptar del todo la doctrina de la ascética barroca, según la cual el mundo es un sueño, ficción, tránsito sólo para alcanzar la única realidad que es la vida eterna. En esta angustiada incertidumbre, "Cervantes intuye que el destino del hombre, loco o no loco, en un mundo incierto por naturaleza, no es tanto moverse entre sombras o puras apariencias, como entre una multiplicidad de realidades, perceptibles unas, soñadas otras, que al ser interpretadas de acuerdo con anhelos vitales –ilusiones, deseos, apetitos, ideas– producen efectos inesperados.<sup>1</sup>

En efecto, Cervantes era consciente por su dilatada experiencia vital de que la realidad podía tener muchas caras y presentarse de múltiples formas. Sin embargo, supo ver que el problema de tanta incertidumbre no radicaba en la realidad sino en quién la interpretaba y desde qué ángulo. De ahí que, en las ya citadas palabras de Ángel del Río, se situara "en el punto medio" entre el racionalismo y la ascética barroca, el claro antecedente de lo que después de Descartes se conocería como filosofía idealista, sospechando que la verdad estaba en uno y en otro extremo.

A pesar de lo razonable de esa propuesta, no era tan simple plantear estas cuestiones en un tiempo en el que, como señala Américo Castro,<sup>2</sup> el pensamiento del país estaba regido por la OPINIÓN, única e irrevocable. ¿Cómo decir que tal OPINIÓN no era adecuada? ¿Cómo intentar sustituirla por una visión del mundo fundada en *opiniones*? Cervantes encuentra la solución en la literatura, un buen modo de quitarle hierro al asunto. Por medio de ella, en lugar del *es* admitido e inapelable, Cervantes se lanzó a organizar una visión de *su mundo* fundada en *pareceres*, en circunstancias *de vida*, no en categóricas objetividades. Y para ello utiliza, al igual que el barbero de su *Quijote* en el capítulo primero de la segunda parte, la historia de un loco. Ese loco es el centro de la realidad, o por mejor decir, de una realidad, de la suya, llamativa por la distancia con respecto a la del resto de personajes, pero tan única como cualquier otra.

---

<sup>1</sup> Ángel del Río, "El equívoco del *Quijote*", en Juan Luis Alborg, *Historia de la literatura española. Época barroca*, Madrid, Gredos, 1970<sup>2</sup>, pp. 175-176.

<sup>2</sup> Cf. Américo Castro, "El pensamiento de Cervantes", en Francisco Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 1980, tomo II, p. 622.

El episodio del yelmo de Mambrino es uno de los pocos momentos que mejor aglutinan toda esta filosofía. En él la idea de que la clave de lo versátil de la realidad radica en el individuo queda manifiesta desde el principio. Dos son las posiciones que se enfrentan, pero hay que notar que ambas parten desde los mismos objetos materiales, vistos por distintos ojos. Por un lado está la opinión de quienes, ajenos a la burla, reconocen en lo que ven una albarda y una bacía; por otro, la de don Quijote y la de los que le siguen el juego. En eso consiste lo que Américo Castro<sup>3</sup> denomina “realidad oscilante en el *Quijote*”. La realidad oscila entre las verdades de los personajes, o más bien, como matiza Avalle-Arce,<sup>4</sup> entre la verdad de don Quijote y la del resto de personajes.

El porqué de ese desajuste entre el mundo de don Quijote, entendiendo *mundo* como el resultado de su interpretación de la realidad, y el del resto de personajes no radica en los objetos que lo componen, únicos y comunes a todas las interpretaciones, sino en los patrones que lo confeccionan. Estos patrones, copiados de los libros de caballerías, son los que le dan la clave para leer lo que le rodea y por eso todo lo que se le ofrece en la realidad objetiva tiende inercialmente a ser la actualización de lo que ya había leído en las historias de caballeros andantes.

No es fácil hacer coincidir el mundo que encuentra a su alrededor y el que piensa en su cabeza. Para ello es fundamental prestar una infatigable atención a lo que le sale al paso, al mundo que hay fuera de su cabeza y que recorre en continua búsqueda, parándose a mirar dónde puede proyectar su particular visión del mundo. Magnífica es la definición de Michel Foucault cuando se refiere al héroe como “el peregrino meticuloso que se detiene en todas las marcas de la similitud”.<sup>5</sup> Cualquier mínima coincidencia entre lo que ve y lo que habita en su cabeza tiene que servir para desencadenar una secuencia de conclusiones que le lleven a reconocer lo que busca. Es importante notar que en la mayoría de las ocasiones la interpretación de la realidad únicamente corre a cargo de don Quijote, como ocurre, por ejemplo, en el episodio de los molinos de viento, en el que sin ayuda

---

<sup>3</sup> Américo Castro, *op. cit.*

<sup>4</sup> Juan Bautista Avalle-Arce, “Locura e ingenio en don Quijote”, en Francisco Rico, *op. cit.*, tomo II, p. 689.

<sup>5</sup> Cf. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, Méjico D.F., Madrid, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1974<sup>5</sup>, pp. 53-56.

ajena ve brazos donde hay aspas y provocación donde sólo hay movimiento. Sin embargo, en el caso del baciyelmo, como en la mayor parte de las aventuras de la segunda parte del libro, es fundamental la participación de un agente externo que inicie el proceso de re-interpretación de la realidad. Julián Marías expresa con estas palabras lo que quiero decir:

Pero lo más interesante, y en lo que no se suele reparar, es que no es don Quijote el autor de la interpretación de la bacía como yelmo, sino el barbero. [...] Es decir, que fue el barbero el que interpretó –de hecho, vitalmente, su conducta– la bacía como yelmo, al ponérsela sobre la cabeza porque llovía; si no hubiese llevado la bacía “como un yelmo”, a don Quijote no se le hubiese ocurrido tomarla como tal.<sup>6</sup>

Sea como fuere, el caso es que don Quijote acaba viendo lo que quiere ver allí donde encuentra cualquier analogía, por pequeña que sea, con lo que busca. Y tras ese primer cambio se inicia otro, mucho más desmesurado y complejo porque ya no cuenta con ningún tipo de analogía, que consiste en la creación de unas condiciones de realidad, como apunta José Antonio Maravall, que envuelvan ese primer objeto transformado:

Hay una doble transformación de la realidad en el *Quijote*. Aquella que le hace a su protagonista sufrir el efecto de que las cosas no se le aparezcan como real y verdaderamente son. Y aquella otra, mucho más profunda, que él lleva a cabo para crear las condiciones de realidad necesarias al objeto de llevar a término su acción heroica. Esa incertidumbre es el suelo movedizo sobre el que se apoyan con tanta inseguridad los hombres del Barroco. Como dirá Guzmán de Alfarache: “toda cosa engaña y todos engañamos... el tiempo, las ocasiones, los sentidos engañan, y, sobre todo, aún los más trazados pensamientos.”<sup>7</sup>

En este mundo en el que se han transmutado los datos empíricos ya todo debe discurrir racionalmente. Si no es así es porque los encantadores meten su mano para descolocar lo que con tanto trabajo había sincronizado don Quijote. Es lo único que le hace dudar de que lo que ve es real, como demuestran sus palabras:

---

<sup>6</sup> Julián Marías, “Prólogo” a Denys Armand Gonthier, *El drama psicológico del Quijote*, Madrid, Ediciones Studium, 1962, pp. 10-11.

<sup>7</sup> José Antonio Maravall, *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, Editorial Pico Sacro, 1976, pp. 150-151.

–Por Dios, señores míos, –dijo don Quijote–, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. (I, 45)

Estos encantadores no son más que la excusa que sirve para mantener en pie la endeble realidad que surge de la batalla entre razón y voluntad, entre lo que tiene y lo que quiere tener, porque el resultado es un mundo lleno de fisuras, a veces tan grandes que, de no ser por el recurso de los encantamientos, el único pretexto válido que le queda, se vendría abajo como un castillo de naipes. Lamentablemente, son numerosísimas las ocasiones en las que tienen que actuar los encantadores, lo que causa una tremenda desesperación en Sancho, y una inacabable resignación en don Quijote.

A la vista de los resultados, no hace falta decir que su deseo es más fuerte que su razón, aunque no tanto como para nublarla completamente. Él quiere el yelmo de Mambrino y por eso en el momento que ve relumbrar un objeto sobre la cabeza de un hombre que se les aproximaba, no vacila ni un momento. Pero una vez que lo tiene en sus manos, tanta evidencia de parte de la razón le hace dudar y reconocer que “parece bacía de barbero, como tú dices” (I, 21). Lo menos que puede hacer es reconocer como bien fundada la opinión que le había dado su escudero.

Bien distinto es el caso del jaez. Es curioso que sobre la albarda o jaez no se atreve a pronunciarse. Es que aquí no llega su deseo. Es una cuestión ajena. Es más, incluso achaca a Sancho la interpretación de jaez: “En lo del albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaezes del caballo deste vencido cobarde” (I, 45). Sin embargo, unas palabras después vuelve a ratificarse en la identidad del yelmo de Mambrino, porque aquí no es posible duda.

Su interpretación de lo real, radicalmente distinta a la del resto de personajes, en el caso de este episodio llega a plantear un conflicto serio en lo literario y en lo extraliterario. En lo literario, la discusión entre el yelmo-bacía o albarda-jaez lleva incluso a las manos a los personajes. Don Quijote, defensor a ultranza de la verdad aunque vaya la vida en ello, no soporta ver el evidente engaño al que se aferra uno de los cuadrilleros cuando dice: “tan albarda es como mi padre; y el que otra cosa ha dicho o dijere

debe estar hecho uva" (I, 45). No es posible tal falta a la verdad –a su verdad–, por ello descarga con fuerza su lanzón sobre la cabeza del pobre cuadrillero, aunque por fortuna no le alcanza. Pero es la chispa de una trifurca entre todos los personajes que don Quijote desde su mundo interpreta como la discordia del campo de Agramante. Cada loco con su tema. No se habían dado cuenta que la solución ya la había dado Sancho en los inicios de la conversación cuando habla del "baciyelmo". Ahí está la clave. ¿Por qué discutir sobre algo que no admite discusión? Nunca se podrá saber si es yelmo o bacía. Depende a quien le preguntemos. Es cierto que a mayor número de opiniones similares mayor prestigio tendrá tal posición. Pero notemos una cuestión: no por el hecho de coincidir más personas en la misma interpretación se consigue establecer el auténtico ser de las cosas. O, dicho de otro modo, la objetividad no equivale a la suma de subjetividades, la auténtica realidad de las cosas no es igual a la suma de muchas interpretaciones iguales, sino que la realidad se establece en cada una de esas interpretaciones. Una prueba de ello es que el barbero, por más que observe perplejo que todos –incluso uno de su mismo oficio, buen conocedor de los utensilios de la guerra y de la barbería– coinciden en llamar a "eso" yelmo, no deja de ver ahí su bacía de un escudo que en una ocasión le sirvió para protegerse de la lluvia.

Fuera de la ficción, sacando la esencia del episodio, lo que realmente importa no es cómo ni por qué don Quijote ve jaeces donde hay albardas o yelmos donde hay bacías. Lo que importa es que su forma de ver las cosas es distinta, peculiar, y a pesar de ello válida. Ésa es la verdadera lección de Cervantes. Está predicando la imposibilidad de formular una verdad absoluta porque las circunstancias individuales son las que condicionan la percepción de la realidad. Por eso, la moraleja de su historia es bien clara:

Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote. (I, 45)

Pero también podría haber sido de esta manera:

Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, el jaez se quedó por albarda hasta el día del juicio, y el yelmo por bacía y el castillo por venta en la imaginación de los que acompañaban a don Quijote.

No hay más. Así de simple o de compleja es la realidad. La nutrida experiencia de Cervantes le mostraba que el prisma por el que cada uno observa la realidad es único y peculiar. Además es el camino que tenemos para comprender la verdad de las cosas. Pero en cualquier caso, lo fundamental es que cada cual encuentre su verdad. En el *Quijote* la búsqueda de la verdad es esencial. Los dos personajes principales buscan su verdad, cada uno en lo que más le satisface. Don Quijote tiene que encontrarla en la verdad de las historias de las caballerías; Sancho en la verdad de las promesas de su amo. A fin de cuentas, a pesar de ser dos formas casi opuestas de ver la vida, es lo que les hace seguir adelante con lo suyo, que es de lo que se trata.

En todos esos pequeños detalles es donde se ve la concepción poliédrica que Cervantes tiene de la verdad, su visión particular de la vida. Ahí es donde nos dice que todo lo humano es relativo, que hay que huir de inútiles dogmatismos y de simplificaciones porque la verdad ni es simple ni dogmática.



